

Indalecio Prieto y los fundamentos de la política socialista exiliada

Indalecio Prieto and the foundations of exiled socialist politics

Luis C. Hernando

UNED

luis.c.hernando@gmail.com

Resumen: Este artículo se centra en la figura de Indalecio Prieto Tuero y el impacto que ha tenido en la historia del PSOE. Esto es especialmente cierto durante la etapa del exilio, un período que, pese a suponer a día de hoy un poco más de un cuarto de la historia del partido socialista, ha sido tradicionalmente poco atendido. Durante esa etapa Prieto fue el principal reorganizador del PSOE en América, el líder del Grupo Parlamentario Socialista en las Cortes de la República en el exilio, presidente del PSOE en el Exilio y, en todo momento, la principal referencia política y doctrinal hasta el momento de su muerte a principios de 1962. Entre 1939 y 1944 Prieto, junto con el resto de los políticos exiliados en México, se dedicó a la dura tarea de asumir la derrota y reconstruir la sombra de sus organizaciones. Acabado ese período comenzó un activismo antifranquista enfrascado en buscar cobijo bajo las alas de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial. Prieto se empeñó en esta labor, pretendo escribir sobre tres principios políticos de singular importancia que Prieto instituyó, con gran esfuerzo, en el PSOE y que marcaron con similar profundidad la política socialista durante el exilio. Estos principios constituyeron, en mi opinión, la densa red sobre la que el plebiscito se asentó. Estimo, además, que su análisis permite ver la lógica subyacente a las contradicciones y paradojas que el plan plebiscitario de Indalecio Prieto escondía.

Esos principios son: el aislamiento del partido comunista, la disposición socialista a actuar en solitario y la permanencia de la línea política del partido por encima de todo. Pasemos a analizarlas una a una.

Palabras claves: Indalecio Prieto, Guerra Civil española, México, exilio, socialismo

Abstract: This article focuses on the figure of Indalecio Prieto Tuero and the impact he has had on the history of the PSOE. This is especially true during the period of the exile, a period that, despite supposing today a little more than a quarter of the history of the socialist party, has traditionally been neglected. During that stage Prieto was the main reorganizer of the PSOE in America, the leader of the Socialist Parliamentary Group in the Cortes of the Republic in exile, president of the PSOE in Exile and, at all times, the main political and doctrinal reference so far of his death at the beginning of 1962. Between 1939 and 1944 Prieto, along with the rest of the exiled politicians in Mexico, dedicated himself to the hard task of assuming defeat and reconstructing the shadow of their organizations. At the end of that period, an anti-Francoist activism began, seeking to find shelter under the wings of the Allies in World War II. Prieto insisted on this work. I intend to write about three political principles of singular importance that Prieto instituted, with great effort, in the PSOE and that marked with similar depth the socialist policy during the exile. These principles constituted, in my opinion, the dense network on which the plebiscite settled. I also believe that his analysis allows us to see the underlying logic of the contradictions and paradoxes that Indalecio Prieto's plebiscite plan hid. These principles are: the isolation of the communist party, the socialist disposition to act alone and the permanence of the party's political line above all else. Let's analyze them one by one.

Keywords: Indalecio Prieto, Spanish Civil War, Mexico, exile, socialism

Para citar este artículo: Luis C. HERNANADO: “Indalecio Prieto y los fundamentos de la política socialista exiliada”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 357-374.

Recibido: 01/06/2017

Aprobado: 03/11/2017

Indalecio Prieto y los fundamentos de la política socialista exiliada

Luis C. Hernando
UNED

Introducción

Es difícil delimitar el impacto que Indalecio Prieto Tuero ha tenido en la historia del PSOE. Esto es especialmente cierto durante la etapa del exilio, un período que, pese a suponer a día de hoy un poco más de un cuarto de la historia del partido socialista, ha sido tradicionalmente poco atendido. Durante esa etapa Prieto fue el principal reorganizador del PSOE en América, el líder del Grupo Parlamentario Socialista en las Cortes de la República en el exilio, presidente del PSOE en el Exilio y, en todo momento, la principal referencia política y doctrinal hasta el momento de su muerte a principios de 1962.

Más allá de esos cargos orgánicos, las ideas de Prieto, nacidas de las traumáticas experiencias de los socialistas durante la Guerra Civil, abrieron un camino al PSOE que determinaría la historia del socialismo español hasta el retorno de la democracia y, se puede argumentar, hasta nuestros días. El gran aporte de Prieto a la política socialista y democrática española fue su idea plebiscitaria. Prieto pretendía dar la solución más justa posible al secular problema español mediante un plebiscito celebrado con irrefragables garantías. A su entender, la dictadura franquista no era más que el síntoma más agudo de ese y para solucionarlo había que ir más allá de la mera restitución democrática: era necesario que los españoles se pusiesen de acuerdo, de forma definitiva y con total libertad, sobre qué forma institucional había de gobernarlos. Así se prevendrían en el futuro las luchas políticas, guerras civiles y las debilidades institucionales que habían plagado la historia de España desde 1868.

Conviene dar un rapidísimo repaso de la política plebiscitaria durante el período del exilio; más adelante nos sumergiremos en determinados momentos. La idea plebiscitaria fue articulada por Prieto antes del fin de la guerra, si bien fue ahogada por el caos de los últimos combates y la diáspora republicana. Entre 1939 y 1944 Prieto, junto con el resto de políticos exiliados en México, se dedicó a la dura tarea de asumir la derrota y reconstruir la sombra de sus organizaciones. Acabado ese período comenzó un activismo antifranquista enfrascado en buscar cobijo bajo las alas de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial. Prieto se empeñó en esta labor, mientras buscaba el mejor medio de proponer el plebiscito. En 1944, la aparición de una fuerte organización socialista en la Europa liberada fue una gran noticia para el PSOE, pero también un golpe para el plebiscito: la posguerra mundial fue el momento del optimismo, y pocos creían necesario más plan que la restitución sin más de la II República. Prieto no vio llegado su momento hasta fin de esa esperanza en 1947. En ese año consiguió dar un vuelco a la política del PSOE, estableciendo la política plebiscitaria, y firmar el Pacto de San Juan de Luz con las fuerzas políticas monárquicas exiliadas que orbitaban alrededor de don Juan de Borbón. El acercamiento del pretendiente al trono español a Franco y las contradicciones

internas del propio pacto terminaron por darle fin en 1952. Prieto dimitió de sus cargos y el PSOE se vio abocado a duros años de convalecencia. El plebiscito, pese a todo, se mantuvo como política socialista. A fines de los cincuenta comenzó una nueva ronda de negociaciones con las derechas liberales, enmarcadas en todo momento en las posibilidades y límites del plebiscito. Los éxitos de este periodo fueron la Unión de Fuerzas Democráticas (UFD) — primera plataforma que aunaba fuerzas del exilio y el interior— y el encuentro de la oposición antifranquista en Múnich en 1962, poco después de la muerte de Prieto. A esto siguieron años de fatiga en los que, pese a todo, la posición plebiscitaria y los contactos previos con las derechas que esta había incentivado permitieron que los demócratas españoles de izquierda y de derecha estuviesen familiarizados entre sí, a la espera del momento de la transición. El cambio llegó durante el proceso de renovación del PSOE, cuando los socialistas se emplearon, no sin problemas, en adecuar sus ideas y su organización a la nueva sociedad. Durante esos años el plebiscito se mantuvo, si bien en un segundo plano, como última línea de defensa a la que los nuevos socialistas no dudaban en retirarse cuando eran cuestionados. En 1978 el referéndum de la Constitución eliminó casi todo el sentido del plebiscito prietista y este, junto con la legitimidad republicana fueron sacrificados en el altar del nuevo régimen democrático español. Más allá del mismo plebiscito,¹ sin embargo, pretendo escribir sobre tres principios políticos de singular importancia que Prieto instituyó, con gran esfuerzo, en el PSOE y que marcaron con similar profundidad la política socialista durante el exilio. Estos principios constituyeron, en mi opinión, la densa red sobre la que el plebiscito se asentó. Estimo, además, que su análisis permite ver la lógica subyacente a las contradicciones y paradojas que el plan plebiscitario de Indalecio Prieto escondía.

Esos principios son: el aislamiento del partido comunista, la disposición socialista a actuar en solitario y la permanencia de la línea política del partido por encima de todo. Pasemos a analizarlas una a una.

El aislamiento del Partido Comunista de España

Desde fines de los cuarenta hasta los últimos días de su vida Prieto estuvo presente en la vida del militante socialista exiliado gracias a su columna en la portada en *El Socialista*. Cada jueves, excepto en periodos de enfermedad o durante eventos excepcionales que reclamaban toda la atención de la prensa del Partido, Prieto dedicaba unas ochocientas ácidas palabras a recordar los viejos tiempos en España, a azotar al franquismo y a comentar noticias de actualidad. No faltaba, de entre esos temas, la condena al comunismo y el comentario sobre la Guerra Fría;² pero para el lector atento aparece una flagrante omisión: casi nunca es mencionado el Partido Comunista de España.

¹ A esta cuestión y a los contactos con las derechas españolas, cuya participación era necesaria si se pretendía un plebiscito que abarcara a la mayoría de españoles, dediqué mi tesis doctoral, publicada como: Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía. De la posguerra a la Transición*, Madrid, Eneida, 2013.

² Ver, por ejemplo, los artículos de Prieto de *El Socialista*, n.º 5758 de 17/02/1955, y 5786 de 01/09/1955.

Esta omisión es, en menor medida, achacable al resto de líderes socialistas, hasta el punto de que cabe considerar el esfuerzo por ignorar la existencia del PCE como una política establecida. La pauta fue clara durante toda la etapa franquista: en el momento en el que el PCE dejaba de ser percibido como una amenaza existencial, los socialistas actuaban en público como si los comunistas españoles no existiesen. Esta es la mejor muestra de una política socialista dedicada a mantener aislado al PCE del resto de las fuerzas antifranquistas, hasta el punto de reconocer su existencia solo a regañadientes.

Esta política se mantuvo desde el fin de la colaboración del PCE en el Gobierno de la República en el exilio en 1948 hasta que, a principios de los años setenta, el activismo antifranquista comunista se hizo innegable y por tanto una amenaza para la posición socialista. Su longevidad se debe a que fue, de los tres principios que nos ocupan, el más aceptado por el conjunto del partido, incluso por a aquellos opuestos al resto de ideas prietistas.

Prieto, sin embargo, no solo fue de los primeros en defender el aislamiento, sino que fue quien lo estableció como una de las bases fundacionales del PSOE en el exilio. Desde ahí hasta su muerte fue su principal defensor y la autoridad a la que prontamente se acudía para reafirmarlo mediante sus escritos, en reuniones o congresos siempre que era puesto en duda.

Ya durante la Guerra Civil, su labor como ministro de Defensa Nacional tuvo un pronto fin, además de por su derrotismo, por su actitud ante un PCE que pretendía engullir al PSOE y hacerse hegemónico en la política republicana.³ El enfrentamiento resultante con el presidente Juan Negrín y su denuncia del PCE le valieron un pronto exilio, al ser destinado como embajador extraordinario a Chile en 1938.⁴ La maniobra de Negrín, ideada para apartar a Prieto de los centros de decisión del Gobierno y del partido socialista, le situó, en una ironía del destino, en la mejor posición para reorganizar en América los restos del partido socialista. Para este proceso Prieto se sirvió de la cercanía entre comunistas y negrinistas para equipararlos y reclamar un PSOE libre de ambos.⁵ Así, el anticomunismo se convirtió en la seña de identidad del nuevo PSOE nacido en México a principios de los cuarenta.

Durante los años siguientes no se hizo difícil despreciar a un PCE cuya línea política venía dictada desde Moscú. En los dos primeros años del exilio, los comunistas españoles recibieron el encargo de defender la agresión nazi frente al «imperialismo» de las democracias europeas.⁶ Si para muchos republicanos la Guerra Civil fue el prólogo de la guerra mundial antifascista, el PCE hubo de situarse al lado de los fascistas. Cuando en 1941, a raíz del ataque alemán a Rusia, pudo por fin unirse al resto en la lucha contra el fascismo, lo hizo obviando su previo error, ignorando la labor del resto de fuerzas y creando plataformas pretendidamente unitarias a las que los demás habían de sumarse.⁷ Esta arrogancia no fue necesaria para afian-

³ Octavio CABEZAS: *Indalecio Prieto. Socialista y español*, Madrid, Algaba, 2005, pp. 406 y ss.

⁴ *Ibidem*, pp. 424 y 428.

⁵ José Carlos GIBAJA VELÁZQUEZ: *Indalecio Prieto y el socialismo español*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1995, pp. 207 y ss.

⁶ Joan ESTRUCH TOBELLA: *El PCE en la clandestinidad (1939-1956)*, Madrid, Siglo xxi, 1982, pp. 27 y ss. y también Luis Carlos HERNANDO y Emanuele TREGLIA: "Dopoguerra e ritorno al socialfascismo", en Enrico ACCIAI y Giulia QUAGGIO (eds.), *Un conflitto che non passa. Storia, memoria e rimozioni della guerra civile spagnola*, Pistoia, I.S.R.Pt Editore, 2012, pp. 107-122.

⁷ Me refiero a la Junta Suprema de Unión Nacional, a la posterior Unión Nacional y a Unión Democrática Española. Ver Joan ESTRUCH TOBELLA: *op. cit.*, p. 74 y Hartmut HEINE: *La oposición política al franquismo. De 1939 a 1952*, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 102 y ss.

zar el anticomunismo de Prieto, pero sí que facilitó su tarea de establecer una cuarentena política alrededor del PCE y sus compañeros de viaje. Prieto y sus aliados socialistas en México supieron explotar cada una de esas torpezas comunistas.

En 1944, tras la liberación de Francia, otra fracción del PSOE comenzó a reorganizarse en Europa y el norte de África.⁸ Ante la posibilidad de la unificación desde México solo se puso una condición: el rechazo absoluto al PCE y a los negrinistas. Una vez quedó confirmado, los debates se centraron en cómo se realizaría la fusión; los socialistas de ambos lados del atlántico habían recibido prueba suficiente de su hermandad.⁹

Sin embargo, pronto se demostraría que el fervor anticomunista de los socialistas sitos en Francia no llegaba al extremo exigido por Prieto y los suyos. Los primeros valoraban la colaboración de las fuerzas antifranquistas por encima del principio anticomunista. Si para formar un frente común con republicanos, nacionalistas y libertarios habían de sentarse junto o al lado de los comunistas, los socialistas de la Ejecutiva afincada en Toulouse lo aceptarían. Así ocurrió con la entrada de los comunistas en el recién formado Gobierno de la República en el exilio.

Inicialmente, el PCE saludó la restauración de las instituciones republicanas en el exilio con las acostumbradas contradicciones y cambios de parecer. No fue hasta 1946 cuando decidieron participar en ellas tal y como habían quedado conformadas.¹⁰ Al poco, Diego Martínez Barrio, nuevo presidente de la República, decidió reformar el Gobierno de José Giral y conceder un Ministerio sin cartera a Santiago Carrillo, quien sería más tarde sustituido por Vicente Uribe como ministro de Economía.¹¹ Barrio debió de considerar que la entrada de los comunistas podía servir como un contrapeso ante un PSOE que hacía pequeños a los demás partidos. El conjunto del PSOE protestó, ausentándose, incluso, de la tradicional celebración del 14 de Abril. Sin embargo, una vez consumado el hecho, la dirección socialista no tuvo más remedio que aceptar y tolerar la colaboración con los comunistas si querían participar dentro de las instituciones. Los prietistas, por su parte, no dudaron en emplear el II Congreso del PSOE en el Exilio para criticar duramente la entrada a los comunistas en el Gobierno y cuestionar la permanencia de los socialistas en él.¹² Igualmente se sirvieron de otra herramienta bajo su control, el Grupo Parlamentario Socialista, para entorpecer la labor del Gobierno y la participación del PSOE al negarse, por ejemplo, a designar al socialista que habría de sustituir a Fernando de los Ríos como ministro de Exteriores.

Para Prieto la colaboración con los comunistas y las riñas entre fuerzas políticas por las carteras eran muestras de la poca utilidad del Gobierno como herramienta antifranquista. En todo momento había defendido la necesidad de una plataforma magra, que pudiese ac-

⁸ Carlos y José MARTINEZ COBO: *La primera renovación, intrahistoria del PSOE, 1939-1945*, Barcelona, Plaza&Janés, 1989, pp. 203 y ss.

⁹ Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 28.

¹⁰ Hartmut HEINE: op. cit., p. 183 y Sonsolés CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *Historia política de la II República en el exilio*, Madrid, FUE, 1997, pp. 57 y ss.

¹¹ Carlos y José MARTINEZ COBO: *Intrahistoria del PSOE, ¿República? ¿Monarquía?: en busca del consenso*, Barcelona, Plaza&Janés, 1989, p. 85 y Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 36.

¹² Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE en el exilio*, Volumen I, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1981, p. 42.

tuar ágilmente ante las democracias aliadas en la guerra y en la posguerra antifascista para reclamar su apoyo para la causa democrática española. Así lo logró con la creación de la Junta Española de Liberación (JEL) en 1943, pero su proyecto fue abortado por la restauración del Gobierno de la República dos años después.¹³ Por suerte para él, la entrada del PCE en el Gobierno era la excusa perfecta para sugerir una alianza alternativa que trabajase al margen de las instituciones republicanas. Retomaremos esta idea en el próximo apartado.

Las instituciones republicanas desaparecieron como plataforma de unidad antifranquista en 1948. A partir de ese año, y a pesar de los esfuerzos de sucesivos presidentes, quedaron como un vestigio, sustentadas en exclusiva por los partidos republicanos.¹⁴ Desaparecida la plataforma, desapareció la necesidad de actuar junto a los comunistas y con ello el PCE se esfumó del discurso socialista. Cualquier crítica que pudiera hacerse a este, se dirigía directamente sobre la Unión Soviética, siguiendo la lógica de que el PCE no era más que un obediente apéndice de Moscú. Nadie en el exilio, ni siquiera los contrarios a Prieto, volvió a proponer la conveniencia de colaborar con los comunistas. Diferente, sin embargo, fue la situación entre las fuerzas clandestinas.

A finales de los cincuenta y principios de los sesenta la incipiente protesta social contra la dictadura comenzó a tomar forma.¹⁵ Fueron los comunistas, empeñados desde el final de la guerra en la organización y actividad clandestina, los principales actores de la acción antifranquista en España. El PSOE, dedicado desde el comienzo a una estrategia internacional, había desatendido la actividad clandestina e incluso la propia organización en España. No ayudó a las buenas relaciones con el aparato del interior el hecho de que los socialistas clandestinos se hubiesen mostrado demasiado dispuestos a interpretar libremente los planes establecidos por Prieto y la Ejecutiva exiliada.

Así pues, el aparato clandestino asistió a un aumento de la contestación al franquismo en el que ellos no aparecían más que como mera nota al pie. Muchos estaban convencidos de que el papel de los socialistas sería mucho más relevante si se aceptaban las constantes ofertas del PCE a la colaboración. La cuarentena impuesta por el principio de Prieto, articulada claramente en la posición política del Partido, era el principal obstáculo a esa cooperación.

Así, en 1958, una delegación del interior al Comité Director —principal órgano político entre congresos— planteó, entre otras propuestas para la renovación, que se les permitiese llegar a pactos de acción con el PCE,¹⁶ En respuesta a la reclamación, Prieto cedió la palabra a Luis Araquistáin, con quien se sabía plenamente de acuerdo:

[...] para eso es mejor negociar con Rusia y no con los comunistas españoles. [...] Ya sabemos cuál es el resultado de los contactos con los comunistas [...] deshicieron el Partido

¹³ Luis Carlos HERNANDO: “Complejas alianzas. La experiencia de la Junta Española de Liberación” en Mari Carmen SERRA PUCHE, José Francisco MEJÍA y Carlos SOLA AYAPE (eds.), *1945, entre la euforia y la esperanza: el México posrevolucionario y el exilio republicano español*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 49-78.

¹⁴ Sonsoles CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ: op. cit., pp. 155 y ss.

¹⁵ Ver Rubén VEGA GARCÍA: “Entre la derrota y la renovación generacional. Continuidad y ruptura en la protesta social” en Abdón MATEOS (ed.), *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida 2008, pp. 171-200.

¹⁶ Abdón MATEOS: *El PSOE contra Franco*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993, p. 121.

y absorbieron a las Juventudes Socialistas. [...]La alianza con el comunismo no contaría con ninguna simpatía fuera de España.¹⁷

Este sentimiento y el principio de aislamiento al PCE sobrevivieron a Prieto. Fue, sin duda, el más compartido y el más duradero. Sobre el papel quedó eliminado en 1972 durante el xii Congreso en el exilio¹⁸ y roto definitivamente con la creación en 1976 de Coordinación Democrática, la *platajunta*, que acogió a los organismos unitarios encabezados por PCE y PSOE.¹⁹

La actuación al margen de otras fuerzas exiliadas

El esfuerzo de Prieto y los socialistas por aislar al PCE tuvo como consecuencia la creación de dos esferas de acción antifranquista: la comunista, que reunía al PCE y a los cada vez más agotados e independientes negrinistas, y la liberal (a falta de mejor palabra) conformada por PSOE, partidos republicanos, nacionalistas y CNT. Ambas raramente se tocaban y cuando lo hacían la dirección socialista no tardaba en alzar la voz.

Esa separación beneficiaba al PSOE ya que con el PCE fuera de la ecuación podía convertirse y se convirtió en la fuerza dominante de la esfera liberal. Y, de hecho, los primeros años de la política exiliada pueden analizarse desde el punto de vista de ese conflicto entre socialistas y republicanos por fijar quién determinaría la estrategia antifranquista común —un viejo conflicto que tenía origen en la antigua competencia entre dos fuerzas ideológicas que luchaban por la misma base—. En el exilio los socialistas contaron con una ventaja sobre los republicanos: la resistencia a la intemperie de la organización socialista.

Es fácil dar por hecho la supervivencia al franquismo de aquellos partidos exiliados en 1939, olvidando a las organizaciones que se quedaron por el camino, derrotadas por la falta de fondos, el cansancio o la muerte de su militancia. El miedo a desaparecer fue muy real en todas las organizaciones políticas exiliadas, especialmente durante los cincuenta, cuando el franquismo recibió nuevo aliento. El PSOE fue del puñado de partidos que mostraron una gran capacidad de resistencia al ostracismo, en su caso gracias a la solidaridad internacional y a una política diseñada para resistir el tiempo. Esto le permitió ser capaz de operar independientemente, con el convencimiento de que los demás grupos de la esfera liberal habrían de venir a él o debilitarse irremisiblemente en el camino.

Eso, sin embargo, solo se hizo aparente en el largo plazo. En los primeros años, esa primacía necesitaba ser luchada. Y así hizo Prieto durante los primeros años del exilio, mientras trabajaba para mantener a raya al PCE. La lucha tuvo dos fases: primera, en América, donde fue más enconada, y segunda, en Europa, donde Prieto hubo de desenvolverse en una aparente inferioridad. En México Prieto hubo de dar respuesta a cada una de las tempranas iniciativas de la coalición Acción Republicana Española, enfrascada en organizar actos como

¹⁷ Acta de la reunión del comité director, 11 y 12/8/1958, FPI/AE 115-8.

¹⁸ Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE...*, Volumen II, p. 204.

¹⁹ Santos JULIÁ DÍAZ: *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1997, p. 451.

representantes de la política antifranquista. Prieto y el resto de socialistas del Círculo Pablo Iglesias —que funcionaba como dirección del PSOE en América— se dispusieron a mostrar que sin el apoyo socialista toda iniciativa republicana carecía de calado. Para ello, boicotearon todos y cada uno de los esfuerzos republicanos evidenciando lo huecos que quedaban sin la cooperación socialista.²⁰

Una vez que el PSOE mostró que había de ser tenido en cuenta se hizo posible negociar en igualdad de fuerzas una plataforma conjunta. De esa forma nació en 1943 la JEL.²¹ Pese a todo, ese equilibrio implicaba que la JEL no era más que una tregua. Cada cual pretendió emplearla en provecho de su propia estrategia antifranquista. De hecho, el acuerdo se hizo sobre mínimos: el respeto a la Constitución de 1931 y el derrocamiento del franquismo, sin explicitar ninguna estrategia concreta. Por su parte, Prieto se esforzó por convertir la JEL en una plataforma ágil que pudiese actuar en los foros internacionales de la posguerra y que sirviese como púlpito desde el que anunciar y defender su solución plebiscitaria. Para los republicanos —particularmente para Martínez Barrio— la JEL fue un trampolín desde el que, una vez se llegó al momento crítico, se reconstruyeron las instituciones de la República en el exilio como prolegómeno de su retorno a España.²²

Este primer encontronazo terminó con la derrota de Prieto y la formación del Gobierno republicano en noviembre de 1945.²³ No obstante, Prieto había logrado dejar claro el peso orgánico del PSOE, facilitando la labor de los socialistas en Europa. El reencuentro de los socialistas a ambos lados del Atlántico enfrentó también a dos pareceres diferentes respecto a esta cuestión. Desde Toulouse siempre se defendió que el PSOE debía situarse como líder de toda coalición del antifranquismo liberal: una vez que existía el Gobierno republicano los socialistas habían de ponerse a su cabeza, y, de necesitar una nueva plataforma, los socialistas habían de esforzarse por alistar al mayor número posible de fuerzas de izquierda bajo su iniciativa. Para Prieto y los suyos, sin embargo, el PSOE era capaz de actuar en solitario, y otras fuerzas de izquierda no harían más que restar a su determinación. Así, el apoyo de otros grupos sería aceptado, pero no valía la pena sacrificarse para recabarlos. Para unos el PSOE era un elemento necesario del antifranquismo, para Prieto era suficiente.

Este debate tuvo sus vueltas, revueltas y vicisitudes hasta quedar definitivamente resuelto en 1959. Como ya se ha comentado, el partido socialista recién reorganizado como PSOE en el Exilio se enfrentó claramente dividido a la restauración del Gobierno. Durante este periodo el papel más penoso recayó sobre los socialistas caballeristas, quienes rehicieron la organización en Francia en 1944 —entre otros: Enrique de Francisco, Rodolfo Llopis y Wenceslao Carrillo—. Se les conoce como caballeristas más por sus orígenes ideológicos y por su oposición a Prieto que por seguir los consejos que Largo Caballero impartió durante su cortísimo exilio. Como es bien sabido, este coincidió con Prieto en la necesidad de acercarse a las derechas, si bien le discutió precisamente los principios de aislar al PCE y de actuar en solita-

²⁰ Abdón MATEOS: *De la guerra civil al exilio. Los republicanos españoles y México*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2005, p. 183 y *Adelante* (México D.F.), n.º 34, 15/6/1943 y n.º 37, 1/8/1943.

²¹ Luis Carlos HERNANDO: "Complejas alianzas...", p. 58.

²² *Ibidem*, pp. 56 y 71.

²³ Respecto al proceso de restauración de las instituciones de la II República en el exilio ver: Sonsoles CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *op. cit.*, p. 41 y ss.

rio.²⁴ Estos caballeristas, a cargo desde 1945 de la Comisión Ejecutiva sita en Toulouse, se propusieron controlar el Gobierno republicano, retornando así al liderazgo sobre las izquierdas que el PSOE alcanzó con la presidencia de Largo Caballero durante la Guerra Civil. En teoría la labor no sería difícil: actuar diligentemente dentro del Gobierno; señalar lealmente los fallos y carencias, sobre todo en la proyección internacional del Gobierno de José Giral y esperar a que el propio peso político del partido se impusiese. Resultó mucho más complicado de lo que esperaban. Por un lado, se encontraba Prieto, en firme control del Grupo Parlamentario; por el otro, unos republicanos dispuestos a reivindicar el espacio de liderazgo político sobre la izquierda que la ideología liberal republicana había disfrutado desde principios de siglo.

Prieto no dudó en usar al Grupo Parlamentario para denunciar los errores del Gobierno de Giral. En las dos reuniones de Cortes celebradas en México pronunció sendos duros discursos atacando a las instituciones republicanas, mientras defendía implícitamente su posición plebiscitaria.²⁵ A partir de entonces denunció la legitimidad del Gobierno, dada su falta de voluntad de volver a reunir a las Cortes. Esa posición fue seguida con contrariedad desde la Ejecutiva, que desde el otro lado del Atlántico vio, incapaz, cómo sus parlamentarios defendían una posición diferente a la de la dirección. La acción de Prieto causó una breve lucha en la que la Ejecutiva terminó por reafirmar su autoridad sobre el Grupo Parlamentario Socialista.²⁶ Prieto acumulaba derrotas que, junto con el progresivo movimiento de la política del exilio a Francia, debilitaron mucho su posición. Pese a todo, esto no facilitó la labor de la Ejecutiva socialista.

Claramente la actitud de Prieto, quien tras la muerte de Largo Caballero quedó como el socialista más influyente del exilio, hizo mucho por enviscar la suspicacia de los republicanos. Estos se vieron obligados a defenderse ante un PSOE dividido entre la oposición y la colaboración con su proyecto. Es en este sentido en el que se entiende la entrada del PCE en el Gobierno como un intento de restar preponderancia al PSOE. Ante esa suspicacia republicana, los caballeristas de la Ejecutiva tuvieron que tomar toda precaución en su lenta labor de escalar dentro del Gobierno: debían criticar la labor del presidente del Consejo de Ministros, José Giral, a la vez que mostraban deferencia y lealtad ante las instituciones y se distanciaban de la actitud de Prieto. El único punto en el que la Ejecutiva se vio obligada a retirar su apoyo al Gobierno fue la entrada del PCE ya referida. Respecto a esa, la Ejecutiva socialista decidió reprimir toda crítica explícita, pero en adelante evitó también cualquier defensa del Gobierno. La Ejecutiva esperó hasta que el fracaso del Gobierno fue innegable, lo que ocurrió durante la reunión del Consejo de Seguridad de la ONU a fines de 1946.²⁷ A principios de 1947 la Ejecutiva retiró su apoyo a Giral, si bien se esforzó en recalcar que mantenía el respaldo a las instituciones de la República. Tras crear la crisis, el PSOE hizo valer su peso político para que la Pre-

²⁴ Julio ARÓSTEGUI: *Francisco Largo Caballero en el exilio: La última etapa de un líder obrero*, Madrid, Fundación Largo Caballero, 1990, pp. 118 y ss.

²⁵ El discurso de Prieto ante las Cortes en Indalecio PRIETO: "Obligación de servir a España por encima de todo" en *Convulsiones de España. Trayectoria de una actitud. Primera parte*, México, D. F., Fundación Indalecio Prieto, 1997, pp. 43 y ss. Respecto a la campaña de Prieto y sus consecuencias ver Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 31.

²⁶ Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE...*, vol. i, p. 51.

²⁷ Sonsoles CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ: op. cit., p. 116.

sidencia del Gabinete de Ministros recayese en uno de los suyos.²⁸ En teoría, con el Gobierno de Rodolfo Llopis, secretario General del PSOE, se cumplió el objetivo de los caballeristas: la coalición de las fuerzas antifranquistas liberales liderada por los socialistas. Fuera del papel no fue tan simple, entre otras cosas porque los republicanos se negaron a suspender la colaboración de los comunistas²⁹. Esta flagrante violación de uno de sus principios sirvió a Prieto como perfecta palanca para zaherir a las instituciones republicanas y ganar apoyos para su plan plebiscitario. Prieto se vio ayudado, igualmente, por el hecho de que el Gobierno Llopis hubo de improvisar un plan de acercamiento a los monárquicos, aun cuando fuese para justificar con un cambio de política el cambio de Gobierno.³⁰

Y, si se pretendía el acercamiento a las derechas, Prieto ya llevaba planeándolo y defendiéndolo desde hacía siete años. Al ver llegado su momento, Prieto solo necesitó de una reunión organizativa menor, la Asamblea General de Delegados, para llevar al PSOE hacia su política, la plebiscitaria, y hacia su planteamiento implícito de que el PSOE no necesitaba del resto de fuerzas liberales para dar una solución al problema español.³¹ La Asamblea concedió a Prieto la autoridad para organizar una Comisión Especial, integrada en exclusiva por socialistas, que llevaría a cabo la aproximación a las fuerzas políticas seguidoras de don Juan de Borbón. Y con ello el Gobierno Llopis quedó sentenciado.³²

Por supuesto Prieto no despreció abiertamente al resto de fuerzas del exilio, pero tampoco se esforzó por convencerlas o integrarlas. Se limitó al envío de un llamamiento a seguir la vía del plebiscito que apelaba por igual a izquierdas y derechas y quedó a la espera de respuesta.³³ Ante la negativa (o la falta de respuesta) de todas las fuerzas excepto parte de CNT y, tíbicamente, Esquerra Republicana de Catalunya, Prieto prosiguió con su labor, sin pretender convencer a los incrédulos ni dar sitio a los crédulos en su Comisión Especial.

La comisión prietista obtuvo un empañado éxito al firmar el Pacto de San Juan de Luz con las fuerzas políticas promonárquicas en 1948, y la alianza siguió un complicado y rocoso camino hasta estrellarse en 1952. El fracaso del pacto a la hora de atraer apoyos internacionales afectó profundamente a Prieto, quien dimitió como secretario del PSOE y marchó de nuevo a México en una especie de autoimpuesto segundo exilio. Pese a todo, su fracaso no evitó que remachase el principio de la actuación en solitario: ante el temor de que su dimisión implicase la vuelta a la colaboración con los republicanos, Prieto empleó su control sobre la poderosa Agrupación Socialista de México para arrastrar al Partido a una política de aislamiento capaz de dar a los socialistas un periodo de convalecencia. Con ello, además, se aseguraba que sus políticas no serían desbancadas de la estrategia socialista. Así, tras llamar a cancelar todos los acuerdos con los monárquicos que aún persistían, defendió la conveniencia de lo

²⁸ Carlos y José MARTINEZ COBO: *Intrahistoria del PSOE...*, p. 108.

²⁹ Bruno VARGAS: *Rodolfo Llopis (1895-1983). Una biografía política*, Barcelona, Planeta, 1999, pp. 164-165.

³⁰ Bruno VARGAS: *ob. cit.*, p. 207.

³¹ Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE...*, vol. i, p. 70 y Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 53.

³² Sonsoles CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *op. cit.*, p. 151.

³³ Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 57 e "Informe de Indalecio Prieto en México ante los comités de la Agrupación socialista, de la UGT y el grupo parlamentario del partido" de 7/12/1947. FIP/AIP, Monárquicos 1947, Carpeta 2.

aceptado en la Asamblea de Delegados de 1947 y, punto clave, llamó a «prescindir de cualesquiera alianzas, conjunciones o pactos de carácter permanente y conservar íntegra nuestra independencia de partido obrero», limitando así cualquier colaboración a «coaliciones de tipo provisional y eventual con objetivos de inmediata realización».³⁴

Esta «independencia» de los socialistas se mantuvo, rígida, hasta 1957. En ese año se mostró como la más sacrificable de la tríada prietista, ya que ante la nueva posibilidad de negociar con las fuerzas promonárquicas hubo de ser suspendida.

A principios de 1957, el PSOE tuvo que posicionarse ante los requerimientos del exfangista Dionisio Ridruejo y del profesor Tierno Galván, quienes pedían nuevas negociaciones con las derechas desde el punto de partida de la aceptación de la monarquía, la cual asumían como un hecho.³⁵ Frente a esa posición se hizo necesario reivindicar que la república aún era una opción. Con Prieto en México, la Ejecutiva decidió presentar los requerimientos de Ridruejo y Galván ante el resto del exilio liberal y darles una detallada respuesta conjunta.³⁶ El documento resultante, la Declaración de París, fue un éxito tardío para el PSOE, ya que significó la adopción del plebiscito por el resto de la izquierda liberal. El conjunto de fuerzas creado por los firmantes de París sirvió como el núcleo desde el que se realizó toda negociación posterior.

Ese éxito del PSOE no fue suficiente para que Prieto aceptase sin más la trasgresión de uno de sus principios. Antes de que finalizasen las negociaciones con Tierno, y a pesar de que tenían pocos visos de prosperar, Prieto decidió publicar los documentos de ésta en el periódico de la Agrupación Socialista de México, apostillados con duras críticas a republicanos y libertarios. Tras el consiguiente escándalo, sin embargo, Prieto hubo de retractarse y disculparse ante la Ejecutiva y el resto de firmantes de París por intentar forzar el fin de las nuevas negociaciones.³⁷ Con ello se consumó el primer sacrificio de los principios prietistas, el único hecho durante su vida.

Desde entonces Prieto siguió de cerca y ofreció su apoyo y consejo a la Ejecutiva socialista en los continuados contactos con las diferentes fuerzas de izquierda y de derecha existentes en el interior de España. Estos culminaron en el encuentro de Múnich —el conocido *con-tubernio*— de 1962, pocos meses después de su muerte.

La permanencia de la Posición Política del PSOE

El momento en el que el plebiscito se estableció como posición política del PSOE tuvo grandes consecuencias. En 1948 muchos exiliados ya comenzaban a poner en duda el optimismo, en buena medida justificado, sentido desde 1944. Las potencias democráticas habían tenido sobradas oportunidades para respaldar la causa democrática española y enfrentarse a la dictadura franquista, pero, salvo contadas excepciones, su acción se limitó a gestos huecos.

³⁴ Asamblea de la Agrupación socialista española en México, celebrada los días 27 y 28 de septiembre de 1951 en *Adelante*, n.º 190, 25/12/1951 y Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE...*, vol. i, pp. 219 y ss.

³⁵ Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 172.

³⁶ *El acuerdo fue firmado por UR, PRF, IR, ERC, PNV, STV, ANV y MSC —posteriormente lo sería por la CNT colaboracionista. Abdón MATEOS: El PSOE...*, p. 65.

³⁷ Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 178.

La posibilidad de dar una solución internacional al problema español era para entonces escasa y menguante. Por ello, Prieto no tardó en convencerse de que el exilio se prolongaría más de lo esperado y, por lo tanto, que el Partido y su plan plebiscitario debían prepararse para el largo camino.

Aunque pareciese que el momento había pasado, Prieto estaba convencido de que el plan plebiscitario tenía que asentarse como base de la política socialista hasta el retorno de la democracia a España, si no más allá, pasase lo que pasase. El partido socialista mantuvo la política plebiscitaria hasta 1978. Durante esos treinta años de plan plebiscitario hubo de sobreponerse a numerosos y dispares retos: para empezar, una facción muy importante del partido —en la que estaba implicada la propia Ejecutiva— actuó abiertamente en contra de Prieto y su Comisión Especial entre 1947 y 1948.³⁸ Desde ese año hasta 1951 el plan plebiscitario fue sometido a la presión de las negociaciones con las derechas. En 1952 llegó el momento del fracaso del pacto con los monárquicos y, a su vez, la definitiva aceptación internacional de la dictadura española, ahogando las esperanzas de los exiliados liberales y la propia lógica del plebiscito.³⁹ A eso siguieron años de convalecencia y aislamiento hasta el nuevo rebrote de cooperación entre la oposición al franquismo que culminó en 1962. Y después, el lento languidecer del PSOE y del viejo antifranquismo, roto solo por la sacudida de la renovación iniciada a principios de los setenta.⁴⁰ Los renovadores trataron al plebiscito como una reliquia de la vieja política que siquiera se atrevieron a desempolvar, ocupados como estaban en reclamar primero la república robada y después en abrirse un espacio en el sistema político monárquico de la transición. No llegó a abandonarse explícitamente hasta 1978, cuando Felipe González aceptó el referéndum constitucional como trasunto del viejo plebiscito prietista.⁴¹

Prieto se empeñó en asegurar la permanencia de la política plebiscitaria porque creía no solo que era la mejor solución al problema político español, sino que también facilitaba la supervivencia del PSOE a un largo exilio. El PSOE debía hacer todo lo posible para derribar a Franco, excepto sacrificar al propio PSOE. Esto no era miedo ni egoísmo: el final de la dictadura era un objetivo inmediato que no invalidaba el objetivo final del socialismo —la llegada a un sistema dedicado al bien de los trabajadores— para el cual el propio PSOE era necesario. El plebiscito, por tanto, aseguraba que la solución al franquismo sería la más justa y democrática y aumentaba las posibilidades de supervivencia del PSOE, al no ponerle nunca en contra de la opinión mayoritaria de los españoles.

La política plebiscitaria se mostró extremadamente resistente a todos los cambios que he señalado. Esto se debía a su diseño: en su interior se encontraba un fuerte núcleo, formado por sólida lógica: la larga división entre españoles sobre la institución y sistema que habían de gobernarlos, iniciada en la segunda mitad del siglo xix y germen de numerosos conflictos, sería resuelta por una apelación incontrovertible a la mayoría. Muchos podrían atacar esa idea por poco práctica o problemática, pero difícilmente podrían negar su justedad. Ese núcleo quedó

³⁸ Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 73, José Carlos GIBAJA VELÁZQUEZ: op. cit., p. 432.

³⁹ Rosa PARDO SANZ: “La salida del aislamiento: la década de los cincuenta”, en Mateos (ed.): *La España...*, pp. 109-136.

⁴⁰ Sobre el proceso ver Santos JULIÁ DÍAZ: op. cit., p. 397.

⁴¹ Juan Antonio ANDRADE BLANCO: *El PCE y el PSOE en (la) transición: la evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo xxi, 2012, p. 145.

revestido con un conjunto de disposiciones sobre cómo se pondría en práctica el plebiscito, fácilmente revisable y donde residía la flexibilidad de la idea de Prieto. Con ello consiguió una capacidad de adaptación que le fue completamente necesaria tanto para enfrentarse a un contexto político internacional hostil, a veces rápidamente cambiante y en otras agotadoramente estancado, como para responder a los múltiples reveses que sufrió el Partido Socialista.

Según relató el propio Prieto, la idea plebiscitaria se le ocurrió ya en 1938, durante su preexilio como embajador en Chile. En estos momentos tan tempranos, Prieto se esforzó por adaptar el plebiscito a una España aún en guerra y a una política europea tibia ante el conflicto. Por ello, la primera encarnación del plebiscito consistió en realidad en dos plebiscitos, uno en zona republicana y otro en zona rebelde, tras un hipotético alto el fuego. En esta versión, la necesaria supervisión imparcial que asegurase un resultado justo quedaría al cargo de diversos países iberoamericanos, con la esperanza de que la hermandad hispana funcionase donde falló la solidaridad democrática europea.⁴²

Esa primera versión fue revisada en cuanto se perfiló la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial. Los exiliados pronto intentaron adscribirse a la causa antifascista internacional, con la pretensión de integrar en ella la lucha de los demócratas españoles. Prieto intuyó que, incluso cuando los aliados no pretendiesen añadir a Franco a su lista de enemigos, sí que verían la democracia en España como una causa susceptible de ser apoyada siempre que los demócratas españoles les mostraran una vía clara. El fondo de esa vía era el plebiscito.

Durante estos años el esfuerzo de Prieto se dedicó no tanto al plebiscito, que por estos años era más una idea que un plan firme, como a presionar a las potencias para que prestasen oídos a los demócratas españoles. Esta fue la labor de la JEL, ya mencionada, y entre sus triunfos se encontró la presencia y protagonismo de los exiliados en la Conferencia de San Francisco, donde se logró el veto a la España franquista en las futuras Naciones Unidas.⁴³ Una vez las potencias prestasen su atención a los exiliados sería el momento de proponerles el plan plebiscitario. Ese plan y los éxitos de la JEL se vieron truncados por la aparición del Gobierno republicano y por su pésima labor a la hora de atraer el apoyo de las potencias internacionales.

Y ese desperdicio de la buena voluntad internacional fue un desastre para los planes de Prieto, ya que, sin llegar a la intervención, necesitaba mucho de las potencias democráticas. En primer lugar, la presión diplomática suficiente para forzar la caída de Franco. Después, una vez acabada la dictadura, que las potencias o la ONU fomentasen y garantizaran un espacio político imparcial en el que tuviese lugar el plebiscito.⁴⁴ Para asegurar la colaboración de las potencias, Prieto necesitaba que el plebiscito fuese respaldado por fuerzas representativas de todo el espectro político. El respaldo de parte de la izquierda y derecha liberal sería más efectivo que su aceptación exclusiva por la izquierda, por muy unida que se mostrase; otra razón por la que Prieto estaba dispuesto a rechazar a las izquierdas exiliadas con tal de pactar con las derechas.

⁴² César TCACH y Carmen REYES: *Clandestinidad y exilio. Reorganización del sindicato socialista. 1939-1953*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1986, p. 16.

⁴³ Luis Carlos HERNANDO: "Complejas alianzas...", p. 66.

⁴⁴ Indalecio PRIETO: "Cómo podría verificarse un plebiscito" en *Convulsiones..., Primera parte*, op. cit., pp. 65 y ss.

La negociación con los monárquicos trajo cambios de menor calado, pero igualmente importantes. Los principios sentados por Prieto hubieron de enfrentarse a la intención de los monárquicos de volver al sistema alfonsino de 1876. Ante ese extremo, la negociación fue una victoria de los socialistas ya que, tras mucho toma y daca, se firmó en agosto de 1948 un documento muy similar a la intención original de Prieto, si bien algunos de sus extremos habían quedado mellados: su petición de una intervención internacional, que los monárquicos se negaron a admitir, y el método electoral por el que se celebraría y verificaría la consulta a la nación, que las derechas querían lo más ambiguo posible.⁴⁵ Pese a esas concesiones, fue ante los planes monárquicos donde el plan de Prieto pudo mostrarse más rígido y dar respuesta, una a una, a todas sus objeciones.

La flexibilidad fue necesaria tres años después, en 1951, una vez el pacto con los monárquicos se dio por fracasado y Prieto dimitió como presidente del PSOE. Esto fue el pistoletazo de salida para que algunos de los antiguos caballeristas, ahora reorganizados como oposición a la Ejecutiva y a Prieto, viesan que el momento de volver a la antigua alianza republicana había llegado. La Ejecutiva expuso que la posición política plebiscitaria era del partido, y no de Prieto, y que su dimisión no implicaba un cambio de política. La crisis más enconada del período del exilio quedó abierta.⁴⁶ Gran parte de las agrupaciones y secciones dispersas por Europa y América reclamaron un congreso extraordinario que aclarase la posición en la que quedaba el Partido. En definitiva, en el Congreso Extraordinario de 1951 quedó claro, incluso para los opositores a Prieto, que la política plebiscitaria era la única posible. Solo algunos de sus aspectos fueron criticados, especialmente la voluntad de Prieto de ignorar al resto del exilio con tal de obtener un pacto con los monárquicos. Por entonces ese pacto ya no mostraba signos de vida, lo que fue aprovechado por la Ejecutiva para introducir un cambio de calado que habría de llevarse a cabo incluso si certificaba la muerte del pacto: el plan plebiscitario se apostilló señalando la necesidad de un gobierno provisional previo sin signo institucional definido. Con este cambio se buscaba aclarar que el partido no aceptaría un plebiscito celebrado bajo un gobierno que fuese monárquico o republicano.⁴⁷ Con ello se cortaba el paso al gran plan de los monárquicos, basado en forzar a los socialistas a aceptar la restauración monárquica a cambio de un plebiscito posterior que ellos controlarían. Este endurecimiento no era más que una salvaguarda ante futuras negociaciones que, tal y como Llopis reconoció, deberían ser mucho más abiertas a otras fuerzas y flexibles.⁴⁸ Ocho meses después, en noviembre de 1951 el pacto entre socialistas y monárquicos era oficialmente roto y el PSOE se abocaba al período de aislamiento ya referido.

Pero el fracaso de las negociaciones con los monárquicos y el lento período de recuperación durante la década de los cincuenta trajeron cambios más discretos y con mucho más calado. Es en este momento cuando se mostró la importancia vital que la política de Prieto

⁴⁵ Ese fue uno de los puntos de conflicto en la negociación del acuerdo. Ver Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 80.

⁴⁶ Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, pp. 125 y ss.

⁴⁷ Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE...*, vol. i, p. 222.

⁴⁸ *Ibidem*.

tenía para el PSOE ya que, si bien fue vaciada de su valor práctico, se mantuvo en todo momento como la única válida.

En la situación política de los cincuenta, el plebiscito, tal y cómo lo enunció Prieto una década antes, ya no tenía sentido. Aun cuando los monárquicos hubiesen aceptado la intención de los socialistas e incluso si todo el exilio se hubiese puesto detrás del plan de Prieto, la aceptación internacional del franquismo ya era plena y, dentro del marco de la Guerra Fría, ninguna de las potencias internacionales pretendía hacer nada por derrocar al franquismo. Para algunos esto convirtió al plan de Prieto en un ideal inalcanzable que limitaba las opciones de los socialistas a la hora de negociar con las nuevas fuerzas de la oposición que surgían en el interior de España. Así, en 1958, la organización clandestina socialista propuso deshacerse por completo de la cuestión institucional, ya que las limitaciones impuestas por el plan de Prieto impedían la firma de pactos de acción con las fuerzas democráticas del interior. El aparato clandestino propuso, de hecho, que se aceptase la monarquía si eso facilitaba la colaboración con las fuerzas de la oposición en el interior⁴⁹. Como ya se ha señalado, desde el interior buscaban romper todos los tabús, incluido el veto al PCE. Su propuesta fue rechazada por la dirección al completo y explícitamente por Prieto, quien lo dejó bien claro:

La posición del partido no es que sea la mejor, es la única y no debemos hacer más concesiones [...] La solución plebiscitaria es la única que permitiría al Partido el no ser aniquilado, aunque triunfe la reacción en el plebiscito.⁵⁰

Sus palabras dejaron al descubierto, pese a todo, el principal problema de su plan. El plebiscito era necesario para la supervivencia del PSOE, pero cada día que pasaba era más irrealizable. Poco más tarde, durante el VII Congreso de agosto de 1958 —espoileado por otros veteranos como Luis Araquistáin— Prieto hubo de añadir, a modo de apéndice, qué se haría en el caso de que el franquismo cayese y el plebiscito no tuviese lugar. Ante esa más que probable situación, Prieto señaló que, una vez que en España se restituyesen las libertades y se hiciese posible un congreso del PSOE en el que todos los socialistas tuviesen libre participación, estos recobrarían plena libertad de acción y podrían decidir abandonar la política plebiscitaria. Cuestionado sobre por qué esa nueva acotación a su política no podía ser difundida, Prieto fue tajante: «porque debilita sin necesidad nuestra actitud».⁵¹

Por último, la misma lógica estratégica del plebiscito hubo de cambiar. Sin potencias internacionales que forzasen el final del régimen de Franco, y con la escasa fuerza política de las organizaciones antifranquistas, era obvio que la dictadura habría de caer por sí misma en algún lejano momento del futuro. La única forma de acelerarlo era fomentar la carcoma que poco a poco debilitaba sus pilares, no solo mediante la acción clandestina en el interior, sino aprovechando nuevas fuerzas semitoleradas y semiclandestinas —los democristianos de Gil Robles y los de Giménez Fernández, los funcionalistas de Tierno Galván y el grupo de Dionisio Ridruejo— que mostraban claramente las contradicciones de la dictadura. Para ese fin se

⁴⁹ Abdón MATEOS: *El PSOE...*, p. 120.

⁵⁰ Acta de la reunión del comité director, 11 y 12/8/1958, FPI/AE 115-8.

⁵¹ Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE...*, vol. i, p. 39.

emplearía el plan plebiscitario. Vacío de su lógica internacional, ahora se remodelaría para servir a la nueva lógica antifranquista. Gracias a esa, el PSOE se situaría durante la siguiente década en un punto intermedio y se propondría como el interlocutor con el que toda fuerza, de izquierda o de derecha, necesitaba negociar. Paradójicamente, la aparente disposición del PSOE a aceptar la monarquía llegó, incluso, a fomentar los contactos, ya que todas las nuevas fuerzas del interior creyeron ser las que conseguirían hacer entrar en razón a los socialistas. Los efectos de esta nueva versión del plan plebiscitario se dejaron mostrar en 1961 cuando el PSOE, junto con los republicanos exiliados y la Izquierda Demócrata Cristiana de Manuel Giménez Fernández formaron UFD, la primera plataforma en aunar fuerzas del exilio y del interior de España.⁵²

Años más tarde, tras pocos meses de la muerte de Prieto, esa política tuvo como fruto la reunión de Múnich de junio de 1962, donde las derechas y las izquierdas de la oposición antifranquista se encontraron después de veintiséis años. La política plebiscitaria sirvió igualmente para una década de acercamientos que sentó las bases de la transición.⁵³

Conclusiones

Estas tres ideas no agotan todas las que complementaban a la política plebiscitaria socialista, como fueron el rechazo a toda solución violenta, ya fuese una revolución desde la izquierda o un —nuevo— golpe militar desde la derecha, o la insistencia de que en el futuro plebiscito el PSOE votaría inexorablemente a favor de una III República. Pero son las que considero más relevantes para explicar la evolución del Partido Socialista durante el exilio y las más interdependientes entre sí y con la estrategia plebiscitaria de Prieto.

En la introducción me referí a que los tres principios articulados por Prieto creaban una densa red que dio base a la estrategia política del PSOE durante el franquismo. Apunté, también que en esos se pueden encontrar las razones de una supervivencia a treinta y seis años de exilio y clandestinidad que de ninguna manera estaba predestinada. La interacción entre las tres ideas y el plebiscito fue profunda y compleja. Pero a grandes trazos destacaré algunos puntos:

La permanencia de la política socialista era, por ejemplo, una parte integrante de su posición anticomunista. El PSOE siempre destacó la seriedad, la coherencia y la independencia de su posición política ante los continuos cambios de política del PCE que mostraban su irresponsabilidad y su dependencia de un poder superior que dictaba una política que no estaba al servicio de los españoles. Frente a eso, los socialistas no dudaban en destacar la coherencia a lo largo del tiempo de su posición política.

A su vez la política anticomunista permitió al PSOE acotar un conjunto de fuerzas donde los socialistas podían estar seguros de que podrían dictar la política a seguir. Prieto estaba tan seguro del peso del PSOE y de la razón de su estrategia que sabía que el resto de fuerzas habrían de abandonar su posición y seguir el camino por él abierto, como hicieron los republicanos cuando las instituciones de la República quedaron como mero vestigio. Para ello,

⁵² Abdón MATEOS: *El PSOE...*, p. 198.

⁵³ Sobre estas ver Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, pp. 254 y ss.

igualmente fue necesaria la permanencia de la posición política: semejante efecto de atracción no habría sido posible si hubiese cambiado en 1952, en 1959 o más adelante.

De igual forma, el anticomunismo fue un factor necesario a la hora de buscar una solución internacional, de ofrecer la posición plebiscitaria a las derechas españolas y de funcionar como cabeza del antifranquismo liberal. Dado el marco de guerra fría en el que se desarrolló el exilio, no solo su capacidad de actuar, sino su misma supervivencia dependía de tomar partido, por matizado que este estuviese.

Más importante a la hora de analizar la política socialista, esos tres principios nos ayudan a explicar ciertas paradojas creadas por el plan plebiscitario. La mayor de ellas fue, sin duda, el porqué del mantenimiento de la política plebiscitaria una vez que se mostró como irrealizable. Como ya he expuesto, más allá de su aplicación práctica, el plebiscito era aún útil porque funcionaba como punto de encuentro entre derechas e izquierdas, facilitando continuos contactos durante los años sesenta que, a la larga, simplificaron las negociaciones de la Transición. Pero, más allá de eso, la política plebiscitaria sirvió también como un punto medio dentro del partido. Sin ella las divisiones internas que comenzaban a despuntar deshilarían sin remedio al PSOE. El plebiscito sirvió de armazón que sostenía al PSOE hasta que, una vez en España y en completa libertad, pudo rehacerse.

Los tres principios, junto con la política plebiscitaria, no fueron exclusivos de Prieto; el viejo socialista siempre contó con una parte del Partido y con destacados cuadros que le apoyaron a lo largo de los años. Pero sí se le debe conceder que fue él quien los encumbró a la política socialista. Y con ello determinó, como ningún otro en esta etapa, el futuro del socialismo español.